



EL DUPIN DE POE
Y LA ACTITUD FENOMENOLÓGICA

POE'S DUPIN AND THE
PHENOMENOLOGICAL ATTITUDE

Guillermo Moreno Tirado
Universidad Complutense de Madrid

guigom@ucm.es

103

Este trabajo pretende un acercamiento aclaratorio al sentido de la «actitud fenomenológica» poniendo en juego una interpretación de los tres cuentos «analíticos» o «de detectives» de Poe, de tal modo que sirva de «introducción», en sentido fuerte, al tipo de investigación y de cuestión a la que se enfrenta la fenomenología como «la» filosofía todavía viable. Para que la «introducción» tenga ese carácter fuerte, esto es, que sea una «conducción al asunto mismo», la lectura de los cuentos se centrará, primero, en los exergos de estos, que actúan como introducciones, para luego abordar cómo, a través de la figura de Dupin, se asiste en un plano ficticio a la puesta en juego de la actitud fenomenológica. Con ello se defenderá el particular estatuto de la investigación y del «objeto» fenomenológico, concluyendo con la importancia de mantenerse en su incómoda limitación.

This paper aims to a clarifying approach to the meaning of the “phenomenological attitude” by bringing into play an interpretation of the three “analytic” or “detective” tales by Poe in a way that works as an “introduction”, in a strong sense, to the type of investigation and of question the phenomenology as “the” still viable philosophy faces. In order for the “introduction” to have this strong character, that is, for it to be a “driving to the matter itself”, the reading of the tales will focus firstly on the their exergus, which act as introductions, to then to approach how, through Dupin’s figure, it is attended to the bringing into play of the phenomenological attitude in a fictitious level. With this, the odd status of the phenomenological research and its “object” will be defended, concluding with the relevance of it being kept in its awkward limitation.

Palabras clave: Poe | Dupin | Actitud fenomenológica | Carácter ficcional

Keywords: Poe | Dupin | Phenomenological attitude | Fictional character

1. PALABRAS PREVIAS

A la hora de leer las líneas que siguen debe tenerse en cuenta la circunstancia oral que tuvieron las notas de las cuales resultó este texto y del carácter «introdutorio» del seminario en el cual se pronunció una conferencia con el mismo nombre. No hemos querido modificar el texto que se preparó ex professo y a petición del organizador de aquel seminario, ya que ello hubiera producido otro texto que en muy poco hubiera tenido que ver con este. De todas formas, el autor de estas líneas considera que el texto resultante tiene valor precisamente como introductor a eso que en el título se explicita como «actitud fenomenológica». Que, además de ello, haya un indicio de lectura [también fenomenológica] de Poe [y concretamente de tres de sus cuentos], se debe a que el tramo de texto de Poe escogido se asume como susceptible de ser leído en clave de iniciación en el tipo de cuestión que lo es cuando el discurso pretende ser [o, simplemente, es, de hecho] fenomenológico.

104

A este respecto, la palabra alemana *Einführung*, tanto por su morfología y campo semántico, como por el tipo de «experiencia» que pone en juego cuando se la convoca, es la que reclamamos aquí para marcar ese carácter de introducción y es también el motivo por el cual parte de la interpretación ha versado sobre los tres exergos que Poe pone a los tres cuentos que constituyen el tramo a interpretar. Respecto a lo que dicha palabra convoca y en lo que respecta a lo que pretende ser tomado aquí: se trata del «verse conducido hacia» la cuestión misma y por la cuestión misma. Asimismo, que la atención se haya centrado en los exergos de los cuentos de Poe se debe, además de a todo lo que diremos, al hecho de que cada uno de ellos constituye un modo como Poe hace acontecer una situación en la que se asiste a la introducción de un modo de enfrentar lo que aquí se interpreta: el tipo de cuestionamiento que ejerce la fenomenología; y esta es la razón última que hizo decidimos por este tramo del texto de Poe.

Debe hacerse notar, sin embargo, que muchas de las cuestiones que deberían aparecer desarrolladas o esbozadas en una interpretación, si no completa sí más amplia, de los textos de Poe se dejarán para otras ocasiones, aunque algunas de ellas han sido tomadas en cuenta para lo desarrollado [y pistas de por dónde deberían seguir esos desarrollos se han dejado en notas al pie].

Se asume que el lector habrá leído o tendrá a bien leer los cuentos que se están interpretando, e incluso se anima a tenerlos delante a la hora de atender a ciertos pasajes de la lectura ofrecida. Hemos optado por hacerlo así porque un resumen de los cuentos comportaría cierta «distracción acrítica» de la dirección que aquí se toma [que no tiene porqué ser la de todos los lectores de esos cuentos] y un seguimiento detallado [que hiciese más

explícita la dirección] excedería con mucho los límites del trabajo. La lectura que se hace de Poe, por tanto, no pretende ser definitiva, pues esta es dependiente, a su vez, de la interpretación de la fenomenología en general [no de un autor concreto que se diga adscrito a ella] y del tipo de proyecto de investigación por el que se apuesta aquí .

2. CUESTIONES ENIGMÁTICAS: A PROPÓSITO DE LOS EXERGOS

Quizá valga interpretar que las «citas» [al menos dos sí lo son] que introducen los «cuentos analíticos o de detectives» de Poe que tienen como protagonista a C. August Dupin no son gratuitas y que, en efecto, «introducen» los cuentos, lo cual significa que en ellas puede encontrarse el núcleo de lo que va a desplegarse en estos y, por tanto, que con ellas se activa cierto mecanismo característico del fenómeno «cuento», a saber, su carácter marcadamente ficcional, o sea, su explícita intención de quedar al margen de la validez, de procurar que lo dicho no se corresponda a «realidad» alguna. Obviamente, esto no quita absolutamente nada a la coherencia interna del «mundo» , es decir, de las situaciones que describe allí Poe, sino que, simplemente, estas no pretenden ser descripción de nada «efectivo»; es más, en su descripción pudiera percibirse una marcada intención extravagante [lo allí narrado resulta a todas luces improbable pero no imposible] que despejaría las dudas sobre la renuncia implícita a la validez que tienen los cuentos.

Dado como hemos enunciado este marcado carácter, se entiende que el cuento [así descrito] es un fenómeno moderno, de modo que, por ejemplo, uno debería cuidarse de aplicar este carácter ficticio retrospectivamente a otros textos que tradicionalmente se colocan en algo así como «literatura», a pesar de pertenecer a otras situaciones históricas, ya que ese carácter solo ha aparecido como lo ha hecho por pertenecer a la situación en la cual la validez [del juicio, del enunciado, o sea, la pregunta por en qué consiste lo válido, lo cierto] es la cuestión relevante. Esta advertencia tiene además un aspecto positivo, a saber, interpretar un cuento será atender al carácter ficticio que lo constituye y, por tanto, será atender a un aspecto de lo moderno que, por situarse en o al margen de los ámbitos modernos de validez [la validez cognoscitiva y la validez práctica], no da cuenta de este o aquel ente, esto o aquello válido, sino del «ser» de las cosas, a saber, de la cuestión moderna en general. Estamos, por tanto, en el filosofema kantiano de la figura de belleza libre; en aquello para lo cual, cumpliéndose el principio de finalidad, no hay, no se encuentra fin –o que encontrándonos en el proceso de producción de regla para la construcción de figura, esta no se encuentra o, con las palabras de Kant, que se trata de una «esquematización sin concepto» y, por tanto, de una mera «representación de...»–, para lo cual, sin embargo, se sigue exigiendo que el procedimiento siga operando, o sea,

que se siga tratando de un juicio «con todas las de la ley», de modo que, en definitiva, exige que sigamos interpretando . Pues bien, atendamos a esas citas que introducen el texto –reproducimos ahora las dos primeras traduciéndolas nosotros del inglés –.

La canción que cantaban las sirenas, o el nombre que Aquiles adoptó cuando se escondía entre mujeres, aunque cuestiones enigmáticas, no están más allá de toda conjetura. [Sir Thomas Browne].

Hay series ideales de acontecimientos que corren paralelas con aquellas reales. Raramente coinciden. Generalmente, hombres y circunstancias modifican la serie ideal de acontecimientos, de tal modo que parecen imperfectos, y sus consecuencias son igualmente imperfectas. Así como con la Reforma; en vez de Protestantismo tuvimos Luteranismo. [Novalis, *Moral Ansichten* [*Opiniones Morales*]].

En la primera leemos que «las cuestiones enigmáticas no están más allá de toda conjetura», y es relevante que la cita elegida no hable de resolver nada, sino de tratar de enfrentarse a la cuestión como una efectiva cuestión, esto es, como algo que uno tendría intención de contestar, a pesar de que cupiera el caso de que dicha cuestión no pudiera resolverse. Cabe, entonces, por un lado, la pregunta acerca de qué actitud debe hacerse valer para afrontar las cuestiones enigmáticas tal que se logre algún decir sobre ellas y, por otro lado, qué decir sería ese; dicho de otro modo: en qué consisten esas conjeturas y cuál es la actitud desde la cual se emprenden.

La segunda ahonda en esta misma idea: una serie de hechos ideales, esto es, hechos que no pueden ser meramente efectivos [*wirklichen*], pero que son hechos o sucesos [*Begebenheiten*], que son posibles y no meramente irreales, corren paralelos a la serie de los hechos efectivos. Estos hechos son los que, en efecto, se imponen, ya que «hombres y circunstancias modifican» la serie de sucesos ideales. Esta intervención hace que aquellos hechos ideales [pero no irreales, no imposibles] no se cumplan, de modo que tanto ellos como sus consecuencias quedan imperfectos o incompletos [*unvollkommen*], en otras palabras, quedan como meramente efectivos. Sin embargo, precisamente porque se trata, en cualquier caso, de hechos y no de irrealidades, cabe de ellos «conjetura», esto es, cabe algo que decir acerca de ellos, aunque, como las cuestiones enigmáticas, no se puedan decir efectivamente [*wirkliche*], pues lo que se diga sobre ellos [las conjeturas] no puede tenerse por cierto, y esto no puede probarse ni refutarse. La pregunta formulada para la cita que introduce el primer cuento sigue aquí en pie y, ahora, añadimos otra acerca de qué revelaría una actitud para la cual no fuese relevante que lo que se considerase tuviera o no algo así como correlato efectivo, sino que, en la medida en la que uno se mantuviese en ella, lo considerado bien pudiera ser algo «ideal» [como aquellos hechos], pero no por ello «irreal».

Por otro lado, el primero de los cuentos de la serie nos anuncia en sus

primeras líneas cuál será el tema mismo de los cuentos, a saber, eso que allí se llama «características mentales analíticas», y es el texto mismo el que nos permite interpretar que se tratará de este asunto, pues allí mismo se explicita la dificultad inherente del ejercicio de tratar de analizar las características mentales del análisis observando cómo ocurre el análisis en alguien que las posee. Por el mismo tenor del texto [o de los tres textos en conjunto], podemos decir también que esas «características mentales analíticas» son lo que se puede entender por «pensar» en general [por ejemplo, como aparece en Descartes], o por algo así como «razón» [por ejemplo, como aparece en Kant]. ¿Ante qué nos ponen ambos exergos y el asunto mismo de los cuentos?

3. EL CARÁCTER EXTRAVAGANTE

Sabemos que en los cuentos cierto personaje resolverá cuestiones que para todos los demás resultan enteramente irresolubles. Este personaje no renunciará al carácter enigmático de las cuestiones que se le presentan, sino que, reconociendo dicho carácter, tratará de algo así como «hacer conjeturas». Dado que no son meras suposiciones, sino que dicho personaje termina resolviendo las cuestiones, más bien, diremos que lo que este personaje logra es decir lo enigmático, que en el cuento equivale a resolverlo y, por lo tanto, que deje de haber enigma. Ahora bien, con ello, dado que con este personaje se hace valer el carácter extravagante de la marca de lo ficticio, quizá no haya que interpretar que lo que nos encontramos es meramente con el «modo para resolver lo enigmático», sino que, poniendo en primer plano el carácter extravagante del personaje como marca de lo ficticio, cabe la interpretación de que lo «enigmático» [en general] refiera a algo que, a pesar de enfrentarnos seriamente a ello [como hacen todos los otros personajes de los cuentos analíticos], no se pueda resolver, o sea, que para ello, cuando se lo encuentra en general [no cuando pertenece a lo ficticio de un cuento] no haya la posibilidad de que aparezca un Dupin para resolverlo, de modo que eso «enigmático» termine siendo reconocido como la cuestión, siendo engañoso [dupin] esperar que se resolviera. El que una cuestión, que lo es porque se la busca y porque se la pretende encontrar, quede intacta, o sea, no se encuentre «respuesta» para ella a pesar de todo, indica que, quizá, esta no sea una cuestión cualquiera, sino la cuestión que en cualquier caso es siempre cuestión, o sea, el problema, en general, de en qué consiste cierta situación históricamente dada en la cual se está, problema que en el siglo XX ha aparecido formulado [desde, y solo gracias a, la fenomenología] como «la pregunta por el ser» [como se sabe, en Heidegger], que es, quizá, un modo algo pedante de decir la pregunta por el suelo que se pisa.

Dicho esto, nótese, no obstante, que lo que se busca en la trama de los cuentos es una solución, o sea, un límite, una definición, una efectividad,

luego podemos interpretar que la «cuestión» se juega en los juicios que hayan de ser [¿por su forma?] válidos. Así pues, cabe interpretar que estos cuentos, precisamente porque en ellos el tema es el «análisis de las características mentales del análisis», o sea, del carácter según el cual caben juicios de conocimiento que sean válidos [¿a priori?], lo «enigmático» en cada caso estaría haciendo las veces del asunto que es cuestión en la Modernidad, a saber, la posibilidad de la validez del enunciado, la posibilidad del conocimiento. Así, el que Dupin resuelva el «enigma», la narración de eso mismo teniendo lugar, sería algo así como dar con el modo siempre buscado para atender a esta cuestión, que no es sino plantearla, y que esta se perciba en cuanto tal, a saber, como la pregunta por el fondo sobre el cual ya se está, por el suelo que se pisa.

Pues bien, al carácter extravagante de este personaje le pertenece que, cuando se vale del «análisis», los «resultados» que obtiene parezcan sorprendentes e, incluso, «más allá de lo natural», fuera de lo común o, dicho de otro modo, ajeno a la espontaneidad de cualquiera, a pesar de que para él ha sido algo así como su «normal proceder». A la extravagancia señalada más arriba a cuenta del carácter ficticio del texto le pertenece ahora que, en el cuento, Dupin pase por ser alguien que logra todo esto «de suyo», o sea, que logra «resolver enigmas». Ahora bien, dado que para la interpretación que tratamos de sostener aquí, «resolver enigmas» solo quiere decir dar la respuesta a un acertijo en el cuento, mientras que «fuera de él» se trata de la figura «lograr plantear la cuestión que en cualquier caso es problema en la Modernidad», el que Dupin parezca tener «poderes sobrenaturales», pero que para él mismo sean lo espontáneo, nos hace pensar que, en efecto, la actitud que logra tener Dupin ante las cosas no es algo que pudiera ir «de suyo» y que el hecho de que para él sí vaya de suyo pertenece a su carácter extravagante [digamos, se debe a que Dupin solo es un personaje de Poe]; se debe, por tanto, a que se trata de un cuento y no de la crónica acerca de alguien. Dicho de otro modo, lo que hay en juego es cómo el cuento hace valer, ante todo, lo ficticio. Así, quizá sea más acorde a todo lo dicho y al propio texto entender que «lo que hace Dupin» solo es posible [para nosotros] mediante un exigente y riguroso esfuerzo por mantenerse en cierta actitud que no es aquella que normalmente se tiene ante las cosas. A esa otra actitud le pertenecerá eso que puede señalarse, en el propio texto de Poe, como la «virtud» misma de Dupin: «saber qué se debe observar», pues en los cuentos, sus «conjeturas» proceden de sus observaciones.

4. ACTITUD NATURAL Y ACTITUD FENOMENOLÓGICA

¿Qué actitudes son estas? Podemos responder a esta pregunta a partir de cómo nombra Husserl ambas actitudes. A la actitud normal, aquella para la cual lo que haría Dupin sería algo extraordinario, la llama Husserl «actitud

natural», y con ello se refiere a la espontaneidad de nuestro normal trato con las cosas, la cual se caracteriza por prevalecer en ella la tesis de que aquello con lo que tratamos, o sea, el «mundo», es algo ahí existente. Esta actitud, en principio, no comporta más problema que el que aquello que «se conoce» en ella no comporta «ciencia» o, mejor dicho, no comporta «seguridad», sino que, más bien, presupone esa «seguridad», se tiene la seguridad [presupuesta] de que se puede contar con que lo que «se conoce», «se hace», etc., pues, en efecto, ello «está ahí». Digamos que la «seguridad» no conforma algo que se averigua sino simplemente algo que funciona como lo obvio. Ahora bien, cuando esta misma actitud pretende conocer con rigor aquello que solo «conoce espontáneamente», entonces, la «seguridad» pasa a ser el criterio que debe servir para ratificar que aquello conocido ha sido efectivamente conocido. Por consiguiente, ese «conocer con rigor» aquello que se llama «natural» consiste en lograr enunciados válidos, o sea, que den «seguridad», esto es, que sean certum [ciertos], que pertenezcan a la certitudo [certeza] o tengan su carácter. El «tener» esa seguridad consiste en saber a qué atenerse con respecto a esto o lo otro en vistas a otra cosa, es decir, para hacer esto o aquello. A eso, el mismo Husserl lo llama hacer ciencia natural, la cual da «conocimiento» en tanto que «poder», o sea, «capacidad para...».

Bien, pues esta actitud, que da sus resultados, lo que no logra es comprender en qué consiste que sea precisamente eso lo que ocurre cuando se hace ciencia. Para tratar de «conocer» eso mismo [pues para Husserl esto supone el establecimiento de una ciencia o una región específicamente científica] necesitamos llegar a cierto «objeto», el cual, como ha quedado mostrado –aunque aquí solo lo hemos indicado; parte de la obra de Husserl consiste en dar cuenta de ello pormenorizadamente–, no puede ser ganado desde esta actitud. A ese «objeto» lo llama Husserl la «conciencia pura»: algo así como «fenómeno» en general, el cual no es nada óntico, sino aquello que permite entender en qué consiste lo óntico.

Para llegar a ello con solvencia hace falta un riguroso esfuerzo particular que consiste en «desconectar» o «poner entre paréntesis» la «actitud natural». Todo el objetivo de dicha puesta entre paréntesis es ganar esa «otra región». Ahora bien, no se trata, en ningún caso, de negar la actitud natural, ni de refutarla, ni cosa parecida, pues su tesis principal sigue siendo vigente incluso cuando se ha ganado la otra actitud. De lo que se trata es precisamente de ganar una actitud, por consiguiente, aunque Husserl diga aquí y allá que ello redundaría en la «obtención» de otra «región», en la medida en que esta no puede considerarse como nada «óntico», sino que ella consiste en el «ser» de lo óntico, tampoco es, como tal, ninguna «otra región», digamos, independiente de las cosas. Dicho de otro modo, no hay ninguna otra región, sino, en todo caso, la misma región siendo «otra», donde lo de «otra» refiere a que hay que llegar a algo así como lo «no-óntico», o sea, lo «otro» que lo óntico, de lo óntico mismo. Esto, para Husserl,

como ya se ha dicho, es la «conciencia pura», es decir, eso que puede llamarse fenomenológico, que es donde [pero no es lugar alguno] se puede describir el ser-esto de esto o el ser-aquello de aquello en cuanto tal. Para ello hay que desconectar el normal trato con las cosas, de modo que uno pueda dirigirse a lo que en ellas mismas «es» cosa, o sea, aquello que ellas son en cuanto tal, a saber, «nada ahí en sí», sino el contenido concreto de «mis» [de cualquiera] vivencias, el contenido intencional de «mi» [de cualquier] conciencia pura, la cual es considerada como transcendental en el sentido de que se trata de las condiciones de la posibilidad del acontecer cosas en general. A eso «ahí», que no es nada óntico, en la intencionalidad de la conciencia, se lo llama fenómeno y a la actitud que logra estar atenta a ello fenomenológica.

5. ALGO QUE GANAR

110

El que haya algo que ganar, implica que «eso» que se gana no va de suyo, es decir, que no es el «normal habérselas con...», pero, como hemos dicho, tampoco consiste en algo así como «otro habérselas», de hecho, solo el cuento puede asumir describir coherentemente algo así como «otro habérselas», es más, esto solo es posible para aquel discurso que se vindica a sí mismo como ficticio, el cual es reconocible por cuanto en los cuentos analíticos de Poe hay alguien que sí tiene otro efectivo «modo de estar en el mundo», de manera que para él no supone esfuerzo alguno, riguroso o no.

Por consiguiente, para nosotros –a quienes sí se nos juegan los cuartos porque, como decía el griego, no nos valen que nos cuenten cuentos–, esto a ganar es algo que siempre queda por ganar, o sea, que solo habrá sido ganado en el concreto caso del «en cada caso» en que se emprenda el esfuerzo por ganarlo, pero no algo en lo que, por así decir, pudiéramos establecernos permanentemente. Dicho de otro modo, puede deducirse que no puedo estar en o tener «eso» que ganase sin, al mismo tiempo, tener que seguir en el esfuerzo por ganarlo; si se cesara en este esfuerzo, simplemente se perdería. Es al mantenido esfuerzo [por lo que «no va de suyo»] a lo que llamamos, utilizando la terminología de Husserl, «actitud fenomenológica»; actitud, por lo tanto, que también hay que ganar, ya que lo que se gana con ella es la cuestión que siempre es cuestión, siendo, a su vez, ganar la cuestión lo que significa propiamente el mantenerse en esa actitud: «Así, se entiende que la fenomenología sea, en cierto modo, el secreto anhelo de toda la filosofía moderna».

El que ello sea así es coherente con que a lo que atiende la actitud fenomenológica sea a eso mismo que ha desconectado: el mundo, el cual, en efecto, «es» [existe, está ahí como dado], pero que, precisamente por ello, no está, de suyo, en primer plano. Así, el que la fenomenología sea, en definitiva, «filosofía» o «la» filosofía [que en la Modernidad acontezca

en su apogeo como crítica y que para alguien como Heidegger haya terminado consistiendo en hermenéutica] responde a que es la propia actitud fenomenológica lo en cualquier caso buscado por nosotros, es decir, lo que acontece como «enigma», como la cuestión.

Pues bien, ese esfuerzo en cada caso y a cada paso, que ha aparecido como «lo que más nos incumbe», acontece en los cuentos por cuanto el enigma tiene lugar y se resuelve. Ahora bien, en cierto modo, «fuera del cuento», no hay manera de exponer eso de «resolver el enigma», si no es porque se ponga en juego algún mecanismo que nos permita describirlo sin que ello implique dar enunciados válidos acerca de ello, o sea, sin que, de hecho, se resuelva nada [más que, por ejemplo, en un cuento] . En el cuento esto ocurre precisamente haciéndose valer el carácter ficticio del mismo. Nosotros tenemos que valernos de eso a lo que Husserl llama *epoché* [el término técnico para exponer la desconexión de la actitud natural]. Esta consiste, resumidamente, en ganar distancia o ab-stancia, esto es, una posición que no sea posición alguna [de ahí que el recorrido completo de la epoché comporte la desconexión no solo de algo así como el mundo natural, sino también de mi propio «yo», o sea, de mi subjetividad «empírica»]. Se trata, entonces, de mantenerse en esa no-posición, la cual gana el que «las cuestiones enigmáticas no están más allá de toda conjetura». Mediante esta actitud, a pesar de que la cuestión no pueda «resolverse» [darse finalmente su límite], seguiremos buscándola seriamente con intención de encontrarla, esto es, seguirá siendo efectiva cuestión.

6. UN MODO DE TENER LUGAR EL ENIGMA

Atendamos, para terminar, a cómo se enfrenta Dupin al enigma del asesinato en la Rue Morgue, enigma que no es trivial para nuestra propia situación, es decir, para aquella en la cual se da el fenómeno «lengua moderna». Ya dijimos que el «secreto» del método es «saber qué observar» y hemos apuntado una interpretación de esto mismo en el sentido del método de la epoché. «Saber qué observar», en el cuento, equivale para nosotros a saber lograr la suficiente distancia, o sea, ganar la no-posición. Pues bien, todo el enigma pasa por unos sonidos que varios testigos han escuchado y que todos han reconocido como «voces» en alguna lengua que ellos ignoran. El que un número suficiente de testigos reconozca algo así como «voces» y que entre ellos haya al menos uno que habla la lengua a la que cada cual atribuye la «voz» [y con ello la nacionalidad del asesino], permite a Dupin concluir que no será voz alguna, o sea, lengua alguna, sino un ruido que pudiera pasar por tal emitido por «alguien» capaz de un ruido tal, pero quizá no de una voz [en lengua alguna]. Esto, unido, entre otras observaciones, a un pelo pelirrojo demasiado particular para hallarse en cabeza humana, la fuerza desmedida que el sujeto ha demostrado en la escena, la violencia excesiva y la velocidad con la cual ha tenido lugar el suceso, hacen concluir a Dupin

que el asesino debe ser un simio, exactamente, un orangután de Borneo.

Señalemos, entonces, dos asuntos importantes en esto. El primero es que Dupin llega a todas estas constataciones «sabiendo qué observar». No se trata de sostener que en ello Dupin hace epoché de esto o lo otro, Dupin no hace ninguna epoché, pues el cuento permite extravagantemente, o sea, mediante la ficción, que efectivamente un orangután de Borneo mate, sin que nadie lo vea, a dos mujeres en su casa, que esto ocurra sin que haya signos evidentes para cualquiera de que allí ha estado rondando un orangután, y que un señor sin oficio ni beneficio interceda en dicha investigación para solucionarla simplemente atendiendo a noticias y a lo que puede observar a simple vista, etcétera. Lo ficticio es que Dupin sepa efectivamente qué observar en cualquier situación, que para él sea algo que *va de soi*. Esta ficción, sin embargo, en la medida en que se atiene a su ser-ficción, apunta o señala un aspecto nada ficcional de aquello que más nos incumbe, a saber, de nuestra situación: que el problema no es si hay o no hay juicios sintéticos [pues «haberlos haylos»], sino cómo y en qué condiciones los hay, o sea, qué hace falta para que los haya y desde qué lugar puede llegarse a comprender que es eso y no otra cosa la cuestión en la Modernidad, siendo, por consiguiente, esta pregunta irremediablemente tardía, «¿en qué consiste la Modernidad?», nuestra pregunta, nuestra cuestión enigmática.

El segundo asunto es que allí, todo el enigma versaba sobre las lenguas, o sea, se daba por supuesto que, aunque uno no pudiera identificar el significado para cierto significante, ello sería en efecto el caso, es decir, allí habría significante y significado, por lo que alguna lengua se estaría hablando. Al mismo tiempo, se estaría asumiendo que el que fuese una u otra lengua en nada supondría diferencia, esto es, da igual qué lengua se hable, pues se presupone que todas consisten en lo mismo. De nuevo, en la ficción reconocemos una suerte de «estupidez» entre los asistentes al crimen o, al menos, una desatención bastante imperdonable por cuanto a poco que se hubieran puesto a charlar entre ellos, allí mismo, habrían llegado entre todos a la conclusión, al menos, de que no era ninguna de las lenguas que ellos hablaban. El que esto no sea así, de nuevo, tiene que ver, por un lado, con el carácter ficticio, es decir, con la extravagante estupidez de los testigos y, por otro lado, con que el asunto en el cuento verse acerca de que las «características mentales analíticas» se pueden analizar atendiendo a que, cuando se trata de esas «características», el asunto se juega en «saber qué observar». Por ello, Dupin, «sabe observar» la comunión de lenguas y la coincidencia de los testimonios en referir una lengua que ellos no hablan pero que otro que también es testigo sí, a pesar de que este testimonia lo mismo con otra lengua para él desconocida, etcétera.

Como en el caso anterior, aquí la ficción señala algunas cuestiones que ya no tienen nada de ficción, sino que son pertenecientes a la cuestión que en cualquier caso es cuestión. Por un lado, ya lo hemos señalado, hay el

reconocimiento de que, si hay lengua, hay isomorfismo entre el conjunto significante y el conjunto significado. Este isomorfismo solo es reconocible desde la actitud fenomenológica, pues, como puede leerse en el cuento, digamos que solo Dupin sabría de ello, el resto estaría en algo así como actitud natural [insistimos, en el cuento esto no ocurre porque Dupin se encuentre efectivamente en una u otra actitud, el cuento no necesita de nada de eso para funcionar y, por tanto, tampoco los extravagantemente estúpidos testigos están en actitud alguna]; dicho de otro modo: que lo que reconoceríamos como lo «igual en cuanto a su forma» entre ambos conjuntos, solo puede tener estatuto eidético, es decir, no puede ser nada óptico. Por otro lado, de que todos reconozcan que una voz humana responde a un sistema lengua, podría decirse que a nuestra situación le pertenece como algo obvio, algo que la constituye, el que el allí donde haya eso de «humano», o sea, ese ente que en cada caso somos [como diría Heidegger], haya lengua y viceversa. Dado que todos los extravagantemente estúpidos testigos asumen que debe haber lengua, sería interesante preguntar si se asumiría en la propia trama del cuento el que cualquier lengua fuese traducible a cualquier otra como algo obvio y «natural»; dicho de otro modo, si el cuento nos diría algo acerca del presupuesto de traducibilidad exhaustiva interlingüística.

7. A MODO DE CONCLUSIÓN

No nos extenderemos más en la interpretación. Con lo expuesto queda claro que esta misma solo ha sido posible haciendo primero un esfuerzo por reconocer en qué podría consistir atender «fenomenológicamente» a esto o aquello, en este caso, a un texto y, más concretamente, al sentido de la «actitud fenomenológica» misma [para lo cual, de hecho, se atendió al texto elegido]. Dicha atención puede también merecer el rótulo de hermenéutica en el sentido de la fenomenología-hermenéutica de Heidegger, si bien ni la «hermenéutica» llanamente es lo mismo que la fenomenología, ni tampoco es lo mismo la fenomenología de Husserl y la fenomenología-hermenéutica de Heidegger. Sin embargo, sí hay en ambas la «actitud fenomenológica» o, al menos, la hay en los términos que aquí se han puesto en juego y, por consiguiente, parece que sí hemos introducido [*Einführung*] a una cuestión que ambos compartirían [pues la compartiría, seguramente, la «fenomenología» de cualquier corte].

Por lo demás, es evidente que con lo expuesto no se resuelve algo así como tratar de plantear la cuestión que, en cualquier caso, sería cuestión para nosotros, la cual, visto lo visto, quizá no sea ya solo la de la posibilidad de la validez del enunciado, sino la de si somos o no capaces de comprender en cada caso qué es cuestión. Ello se debe a que, si este es nuestro asunto, si este es el trabajo que andamos haciendo, eso no termina, sino que continúa, y sería muy excesivo e incluso impertinente, tratar de decir

que, en efecto, se habría terminado porque se hubiera dado finalmente una respuesta que pretendiese ser definitiva.

Es más, la introducción que no es cita al tercer cuento de la serie, *nil sapientiae odiosius acumine nimio*, que traducimos por «nada es más odioso para la sabiduría [o: nada odia más la sabiduría] que la excesiva agudeza», nos permite interpretar que sería quizá «odioso» [aunque también «ocioso»] para quien tratara de mantenerse en el esfuerzo, que alguien pretendiese ser «excesivamente perspicaz» pretendiendo haber dicho, esto es, haber terminado de decir lo que, si bien cabe en un particular decir o discurso [la filosofía o el filosófico], no se puede decir si no es manteniéndose en el esfuerzo de que, de hecho [*wirkliche*] no pueda [terminar de] decirse. Por ejemplo, que alguien pretendiese dar una definición acabada de aquello en lo que consiste «lo nuestro», «lo que más nos incumbe», etcétera. Podría ser que le ocurriera como al prefecto de policía G., en el tercer cuento de la serie, que presuponiendo que la cosa se movía en una «región», termina por no darse cuenta de que todo se jugaba en «otra»:

114

«El hecho es que el asunto es, en efecto, muy sencillo, y no tengo duda de que podremos manejarlo suficientemente bien nosotros mismos; pero luego pensé que a Dupin podría gustarle escuchar los detalles de este, porque es excesivamente extraño.»

«Sencillo y extraño», dijo Dupin.

«Pues, sí; y no exactamente eso, tampoco. El hecho es que todos hemos estado bastante desconcertados porque el asunto es tan sencillo, y aun así nos desconcierta por completo.»

«Quizá es la excesiva sencillez de la cosa lo que os induce a error», dijo mi amigo.

«¡Qué absurdos dice usted!», replicó el Prefecto, riéndose a carcajadas.

«Quizá el misterio es un poco muy simple», dijo Dupin.

«¡Oh, cielos! ¿Cómo se le puede ocurrir semejante idea?»

«Un poco demasiado evidente.»

«Ha! ha! ha!—ha! ha! ha!—ho! ho! ho!» rugió nuestro visitante, profundamente entretenido. «¡Oh, Dupin, todavía vas a ser mi muerte!»

Por otro lado, la misma «actitud fenomenológica» debe haberse hecho valer en notar las diferencias entre lo que el cuento hace y cómo lo hace y el ejercicio fenomenológico mismo. En el apartado anterior lo hemos hecho notar, pero merece la pena insistir en que la distancia entre lo uno y lo otro alumbra, precisamente, la irreductibilidad del carácter ficcional y su rendimiento para comprender qué observa la fenomenología. Esto no se ha desarrollado, pero sí se dejó apuntado al notar que la «observación» fenomenológica es siempre de lo eidético y, en este sentido, no *va de soi*, sino que hay que ganarla. El cuento nos permite vislumbrar esto a través del carácter extravagante de lo narrado, lo cual quiere decir que no nos sirve como «ejemplo» del ejercicio fenomenológico, sino como introducción hacia el mismo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AAW., DUQUE, F. [ed.] [2009], *Poe. La mala conciencia de la modernidad*, Círculo de Bellas Artes, Madrid.
- AAW. LEYTE, A. [ed.] [2017], *La historia y la nada. 14 ensayos a partir del pensamiento de Felipe Martínez Marzoa*, La Oficina, Madrid.
- BARRIOS, María José y GARCÍA, Francisco [2005], "Nil sapientiae odiosius acumine nimio. Séneca como máscara de Edgar Allan Poe" en Costas Rodríguez, J. [coord.], *Ad amicam amicissime scripta. Homenaje a la profesora María José López de Ayala y Genovés*, Vol. I. Madrid: UNED, pp. 409-417.
- BROWNE, T. [1893], *Hydriotaphia Urn Burial; or, a discourse of the sepulchral urns lately found in Norfolk*. London: C. Whittingham & Co. at the Chiswick Press.
- DERRIDA, J. [1980], *La carte postale de Socrate à Freud et au-delà*. Paris: Flammarion.
- DUQUE, F. [ed.] [2009], *Poe. La mala conciencia de la modernidad*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- HEIDEGGER, M. [1981], GA Bd. 4, *Erläuterungen zur Hölderlins Dichtung* [Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann.
- HIGINO, C. [2009], *Fábulas*, trad., e introducción de Javier del Hoyo, José Miguel García Ruiz, notas e índices de Javier del Hoyo. Madrid: Gredos.
- HUSSERL, E. [1950], *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie*. Erstes Buch. Den Haag: Martinus Nijhoff. Karl Schuhmann [hrsg.].
- IRWIN, J. [1996], *The mystery to a solution. Poe, Borges, and the analytic detective story*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- KANT, I. [1974], *Kritik der Urteilskraft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- LACAN, J. [1999], *Écrits I* [1966]. Paris : Éditions du Seuil.
- MARTÍNEZ MARZOA, F. [2009], *La cosa y el relato. A propósito de Tucídides*. Madrid: Abada Editorial.
- [2001], *Lingüística fenomenológica*. Barcelona: Antonio Machado.
- [1997], *Lengua y tiempo*. Madrid: Visor.[1987], *Desconocida raíz común*. [Estudio sobre la teoría kantiana de lo bello]. Madrid: Ed. Antonio Machado.

- [1992], *De Kant a Hölderlin*. Madrid: La balsa de la Medusa.
- MORENO M., C. [2000], «Un ámbito sin límite ni salvedad. La fenomenología como ciencia abierta y la recepción en Heidegger y Marion del “Principio de todos los principios”» en *Investigaciones Fenomenológicas*. Vol. Monográfico 5. Madrid: SEFE-UNED, pp. 239-254.
- [2000], *Fenomenología y filosofía existencial*. Volumen I. Enclaves fundamentales. Madrid: Síntesis.
- [2000], *Fenomenología y filosofía existencial*. Volumen II. Entusiasmos y disidencias. Madrid: Síntesis.
- NOVALIS [1928], *Novalis Schriften, Im Verein mit Richard Samuel herausgegeben von Paul Kluckhohn*. Nach den Handschriften ergänzte und neu geordnete Ausgabe, Band 3, Fragmente und Studien II. Leipzig: Bibliographisches Institut.
- 116
- POE, Edgar A. [1988], *Cuentos I*, Trad. Julio Cortázar. Madrid: Alianza Editorial.
- [1978], *Collected works of Edgar Allan Poe, Volume II Tales and Sketches 1831-1842*. Thomas Ollive Mabbott [ed.], Massachusetts: Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press.
- [1978], *Collected works of Edgar Allan Poe*. Volumen III *Tales and Sketches 1843-1849*. Thomas Ollive Mabbott [ed.], Massachusetts, Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- RODRÍGUEZ, Ramón [1997], *La transformación hermenéutica de la fenomenología: una interpretación de la obra temprana de Heidegger*. Madrid: Tecnos.
- SUETONIO TRANQUILO, C. [1980], *Vida de los doce Césares*. Volumen II. Lib. II-IV, trad. y revisión Mariano Bassols de Climent. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- STASHOWER, Daniel [2010], *Edgar Allan Poe y el misterio de la bella cigarrera: la investigación de la atroz muerte de Mary Rogers*, trad. Miguel Temprano García. Barcelona: Alba.
- TRACIO, D. [2002], *Gramática. Comentarios Antiguos*, trad., introducción y notas críticas, Vicente Bécares Botas. Madrid: Gredos.